

La siembra directa puso en marcha un nuevo paradigma en el agro

Ing. Santiago Casas

Coordinador General Aapresid (Asociación Argentina Productores en Siembra Directa)



Profesional de Ciencias
Económicas de la Ciudad
Autónoma de Buenos Aires

Fuente: Revista Consejo – Nº 17 – Mayo 2011 – ISSN 1851-6610



La agricultura convencional, basada en las labranzas de los suelos, fue el modelo agrícola que la humanidad aplicó hace más de diez mil años. Bajo esta concepción de la agricultura, la labranza era considerada como una pieza clave e ineludible a la hora de producir granos y forrajes. El paquete tecnológico reinante incluía prácticas como arar, rastrear y quemar los residuos, dejando el suelo totalmente pulverizado. Así, la aplicación de un criterio de explotación minero o extractivo de los recursos supuso un deterioro agroecológico de magnitud escalofriante.

Perder más de diez toneladas de suelo por tonelada de grano producido era un “costo” que la humanidad toda no podía y, menos aún, puede hoy seguir pagando. Esto se refleja en numerosos documentos actuales. Según la RSB (Roundtable on Sustainable Biofuels), “La producción agropecuaria no debe degradar directa o indirectamente los suelos y debe estar seguida por un plan apropiado de manejo de suelos”. Por su parte, la RTRS (Roundtable on Responsible Soybean) dispone en su protocolo: “asegurar que el manejo del suelo no causa erosión u otros impactos negativos, evitar prácticas de manejo que impactan negativamente en la sustentabilidad biológica y ecológica del sistema suelo, mantener o mejorar la calidad del suelo con el objetivo de incrementar los rendimientos y la intensidad de uso del suelo”.

La siembra directa puso en marcha un nuevo paradigma en la agricultura y su difusión masiva sucedió de la mano de Aapresid, una ONG sin fines de lucro, fundada en 1989 por una red de productores agropecuarios preocupados por la conservación de su principal recurso: el suelo.

La plena implementación del sistema de SD permite superar el problema de la erosión y degradación de los suelos y dejar atrás la clasificación de los suelos en arables y no arables. Además, la fragilidad de los agroecosistemas trabajados bajo SD es muy inferior a la del sistema de labranzas, lo que permitió ampliar las superficies productivas sin los riesgos conocidos.

Asimismo, la SD, combinada con una adecuada secuencia y fertilización de cultivos, permite hacer un uso más eficiente del agua, mejorar la fertilidad física y química e incrementar la productividad de los suelos.

Por otra parte, la reducción del consumo de combustibles fósiles, sumada a la menor emisión de dióxido de carbono -por ausencia de labranzas y al secuestro de carbono -por aumento de materia orgánica-, ayuda a mitigar el efecto invernadero.

La superficie bajo SD se ha incrementado en los últimos años: actualmente supera los 70 millones de hectáreas en todo el mundo, la mitad de las cuales corresponde a países de América Latina. De ellas, a su vez, el 50% está en la Argentina, donde diversos organismos oficiales calculan casi 20 millones de hectáreas, o sea, algo más del 70% de la superficie argentina.

Alcanzado este punto, Aapresid apuesta a uno de sus más grandes programas: “Agricultura Certificada” (AC), la evolución de la siembra directa. Hablamos de un sistema de Gestión de Calidad basado en un Manual de Buenas Prácticas Agrícolas e Indicadores de Gestión, y en un Protocolo, con foco en el cuidado del recurso suelo.

AC apunta a la mejora continua del sistema de producción de cada establecimiento agropecuario, al tiempo que aspira a la captura del valor agregado que esto supone.

En el largo plazo, podemos imaginar que, así como la SD se impuso en la Argentina, producir de acuerdo con los parámetros de la Agricultura Certificada podría generar una nueva “marca país”.

